



Chaver



gerardo Chávez

HA TENIDO una vida aventurera, difícil, y, como muchos pintores, es un hombre sólidamente asentado sobre la tierra firme, con raíces en las cosas y unos sentidos ávidos de realidad. El mundo que ha creado con sus pinceles, sin embargo, es todo imaginación, sensibilidad, poesía, y, como lo sugieren los títulos delicados y risueños que pone a veces a sus cuadros, viene enteramente de ese sueño de la razón que, según dijo Goya, engendra monstruos.

Lo turbador de los monstruos de Chávez es que, a diferencia de aquellos que crearon sus remotos maestros flamencos, el Bosco o Bruegel, y que pintan el infierno y los demonios, ellos no nos espantan sino, más bien, despiertan nuestra solidaridad y nos enternecen. Son unos seres imprecisos, que tienen de pez, de batracio, de espermatozoide y de animal antediluviano, que danzan, luchan gesticulan y, últimamente, ruedan por unas geografías húmedas y montañosas. Lo más sorprendente de estas figurillas y lo que sin duda conmueve más a quien las mira es su desamparo. Parecen a medio hacer o estarse deshaciendo. Han sido sorprendidas —inventadas— en ese punto límite donde la vida está empezando o cesando, en esa frontera en que la nada parece recién derrotada o a punto de recobrar sus fueros. La más notoria cualidad del mundo creado por Chávez es, por eso, la precariedad, su condición casi evanescente y volátil. ¿No es esa la definición del sueño, de esa humanidad onírica que el inconciente hace y deshace cuando nuestra razón reposa?

Ese mundo suyo, frágil y suntuoso, bello y discreto, Chávez lo ha ido forjando, perfeccionando, depurando, liberando de influencias, mediante una técnica cada vez más segura y más propia. De su arte se puede decir algo que es raro: que siendo, de exposición en exposición, más congruente y leal consigo mismo, ha ido siendo también, cada día, más original, y más profundo.

Mario VARGAS LLOSA